

Los fundamentos de una verdadera autonomía

JUDIT FALK, Infancia nº 116 2009

Muchas personas consideran que la autonomía es importante puesto que permite a la niña y el niño el «hacer las cosas por uno mismo» (jugar, comer, vestirse, desvestirse, lavarse las manos...) y experimentar la satisfacción de salirse por sí mismo. Algunos padres llevan a su hijo o hija a la escuela infantil con la idea de que «allá, los harán autónomos más fácilmente y más deprisa que en casa, donde no tienes el tiempo para esperar que el pequeño llegue a hacer las cosas él solo». Algunas escuelas infantiles están muy orgullosas de la precocidad de los pequeños que acogen, sobre todo con respecto a las necesidades corporales. La finalidad es hacerlos autónomos en terrenos concretos para conseguir así que el adulto pueda ganar tiempo disponible para tareas más «valoradas». Otras personas piensan que la autonomía se opone a una determinada concepción de la relación afectiva en la cual la dependencia respecto al adulto es un factor esencial. «No puedes aconsejar a los pequeños si les dejas demasiada autonomía.» «El adulto pierde su papel de educador.» «La valoración de la actividad autónoma provoca un compromiso menor de la relación humana.

No es deseable que un bebé aprenda a pasar del adulto, a aislarse en su juego.» Otros padres y profesionales no creen que el pequeño pueda ser autónomo ni en sus actividades motrices, lúdicas o de aprendizaje, ni durante el cuidado personal, puesto que el adulto considera que él perdería su autoridad sobre el pequeño. «Cuanta más autonomía les des,

menos les puedes hacer obedecer.» Algunas personas tienen opiniones «intermedias». «En colectividad, ser autónomo es útil al pequeño y a los adultos que no tienen tiempo suficiente para dedicar a cada niño. Pero en familia es inútil.» Otros, incluso tienen expectativas exageradas. «Es preciso que sea autónomo lo más pronto posible para darle un máximo de oportunidades a la vida.» Todo esto muestra que se desconoce el proceso de acceso del pequeño a la autonomía adulta, puesto que se trata de un proceso largo con etapas y ritmos individuales, como pasa con todos los otros terrenos de la construcción de la personalidad. Paralelamente, hay una cierta contradicción entre los datos científicos obtenidos en estos últimos decenios y las actitudes actuales referentes al recién nacido.

A éste ya no se le considera como un receptáculo pasivo con unas necesidades puramente fisiológicas. Se presta más atención a las necesidades afectivas del bebé, a sus interacciones con el entorno y a sus aprendizajes. Algunas investigaciones han revelado que los recién nacidos y lactantes muy pequeños poseen unas capacidades incluso insospechadas.

Bien pronto, el recién nacido reconoce la voz de su madre, responde con reacciones diferenciadas a estímulos diversos, distingue formas, olores, gustos, colores. Puede imitar la expresión de la cara del adulto, ser estimulado o condicionado, aprender. Otras investigaciones han demostrado que un acto deseado y ejecutado libremente por un sujeto es mucho más provechoso para él a corto y largo plazo, que unos actos impuestos o padecidos.

No obstante, a excepción de para un número muy restringido de expertos de la pequeña infancia, estas investigaciones no han transformado la pedagogía del desarrollo del pequeño y no han hecho aumentar la confianza en su capacidad de desarrollo. El interés de la actividad autónoma iniciada por el bebé mismo permanece ignorado o es tenido por negligible. El bebé es considerado como un ser a quien, para su buen desarrollo, hace falta enseñar o al menos hacer ejercer sus capacidades. El adulto «hace hacer» al bebé algo que él todavía no sabe hacer por sí mismo, le muestra cómo hacerlo, le incita a imitar los gestos o actúa en su lugar. Y durante el cuidado corporal y a la hora de comer, impide sus movimientos e incluso se opone con diferentes estratagemas o por la fuerza cuando dificultan la actividad del adulto.

La evolución de las actitudes hacia los niños pequeños ha ido más bien en el camino de conseguir aprendizajes precoces. Se estimula

precozmente,

e incluso se sobreestimula en los aspectos psicomotor, sensorial, intelectual, gestual y verbal. Se proponen a los padres y a los educadores programas de aprendizajes precoces o métodos para desvelar o estimular el gusto de la actividad y acelerar ciertas adquisiciones. Se concede poca importancia no sólo a la actividad autónoma de los lactantes y de los niños pequeños, sino también a las condiciones del entorno que la favorecen y le permiten de expansionarse. Ahora bien, algunos errores educativos podrían evitarse si los descubrimientos que se refieren a la capacidad de aprendizaje precoz de los lactantes reforzaran la confianza del adulto en su capacidad de desarrollo y en el valor de su actividad autónoma.

Es importante comprender que la autonomía empieza desde el nacimiento, pero toma una forma particular en cada uno de los estadios de desarrollo. Para nosotros, las primeras experiencias de la autonomía existen desde la edad de recién nacido en toda actividad iniciada por el niño mismo sin la intervención directa de los adultos y orientada por el placer y las ganas de hacer cosas. Como veremos, esta actividad «autónoma» iniciada por el propio niño es fuente para él de múltiples aprendizajes en los terrenos psicomotor, afectivo y cognitivo. Es este conjunto de aprendizajes autónomos los que, cuando son respetados, constituyen los fundamentos de la autonomía adulta. Examinamos ahora cómo se dan en los momentos en los que el niño juega solo y en los momentos de cuidado corporal, precisando aquello que el pequeño gana y cómo el adulto, padre, madre o profesional, puede ayudar a ello.



1. Los momentos de juego en que el pequeño actúa por sí mismo

El potencial innato del pequeño comporta una tendencia al crecimiento y al desarrollo. Los niños y las niñas son empujados por una fuerza interior, un deseo de experimentación de su cuerpo y de los objetos del entorno. El cuidado corporal de calidad favorece esta tendencia innata del pequeño a conocer y a habitar su cuerpo, a extraer aprendizajes del ejercicio de sus funciones corporales y a aceptar los límites de su piel, que separa el «yo» y el «no-yo».

En este proceso, se observa una progresión permanente y una sucesión de etapas comunes a todos los pequeños, pero con un ritmo propio para cada uno de ellos.

La actividad autónoma del bebé moviliza estas potencialidades específicas que no pueden ser sustituidas por ninguna otra cosa. El bebé es, de este modo, capaz de actuar de una manera adecuada para dominar sus movimientos, adquirir conocimientos sobre sí mismo, sobre sus capacidades corporales y sobre el mundo material que la rodea.

Para desarrollar su autonomía, tiene necesidad de experimentar sus competencias por medio de esta actividad autónoma.

Consideramos que es esencial en la educación de todos los niños y las niñas no desvelar y desarrollar el gusto de la actividad autónoma, sino más bien:

- mantener y dar apoyo a este gusto innato y natural;
- protegerlo para que no se inhiba;
- proporcionarle las condiciones que favorezcan su desarrollo.

A través de esta actividad el pequeño puede acumular las experiencias que favorecen no sólo un desarrollo motor armónico, sino también:

- la construcción de las bases de su sentimiento de eficacia y de desarrollo intelectual;
- el desarrollo de su capacidad para ser un adulto creativo y responsable.

Ser activo de una manera autónoma desde bien pequeño tiene, pues, importancia tanto para el presente como para el futuro. Además, es fuente de placer y de satisfacción. Por eso es importante para todos los pequeños, criados en familia o en colectividad, vivir desde bien pequeños en unas condiciones que les permitan descubrir el placer que les puede producir su propia actividad espontánea y hacerla crecer gracias a los resultados obtenidos.

A todas las actividades corporales se asocia una necesidad de ejercerlas y desarrollarlas, aunque esta necesidad no empieza a manifestarse hasta un cierto estadio de maduración física y psíquica del niño. Cada nueva adquisición procede de la precedente, no emerge hasta que la precedente está bien acabada y forma una base sólida para las adquisiciones futuras, puesto que procura al

pequeño un dominio real del gesto y una seguridad en la ejecución.

Cuando observas un bebé en buen estado psíquico, con un espacio suficiente y juguetes adecuados, percibes en sus ejercicios un interés vivo, una atención concentrada, una tenacidad y una intrepidez serenas, que a menudo no se observan de una manera tan nítida en los niños de más edad. A nuestros ojos, se muestra cada vez más experimentado en aquello que emprende.

1.1. Desarrollo de los gruesos movimientos y autonomía

a) Descripción del proceso y de las adquisiciones

Por ejemplo, una de las adquisiciones más precoces del bebé es el descubrimiento de su mano.

En las primeras semanas de vida, el bebé no parece percibir los gestos espontáneos de su mano, a pesar de que esta atraviesa su campo visual. En un cierto momento, entre el segundo mes y el quinto, se puede remarcar que su mirada se detiene sobre la mano, deja de moverla unos instantes, la sigue con la mirada, gira la cabeza siguiéndola.

Después, de una manera relativamente prolongada, parece mirar su mano mantenida a una cierta distancia ante los ojos, a través de varias reanudaciones, separadas por largos intervalos. Mueve la mano, la detiene, se la acerca a los ojos, la aleja, abre el puño y lo cierra, etc. Cuando su mano sale de su campo visual, aprende a volver a buscarla.

Durante las semanas siguientes, descubre sucesivamente la palma y el dorso de la mano, por medio de una pronación o supinación del antebrazo, flexionando y enderezando el codo, haciendo los

movimientos de abducción, de aducción y de rotación en la articulación de la paletilla, etc., experimentando y memorizando una diversidad de sensaciones propioceptivas.

Por medio de todos estos movimientos aprende que este objeto que está mirando depende de él, que puede moverlo, buscarlo, desplazarlo. Puede mover el miembro entero o sólo algunas partes, por ejemplo sólo los dedos. Puede seguir los movimientos de su mano con la mirada, con el movimiento de la cabeza, y más tarde puede guiarlos con la mirada.

Puede mirar sólo una de sus dos manos, las dos a la vez o una a una; a veces la una toca a la otra, se manosea como si descubriera que tiene dos. Este aprendizaje de la coordinación mano-ojos es una de las condiciones de una buena relación entre el bebé y su entorno. En efecto, descubre y ejercita así su principal herramienta de exploración para toda la vida.

Unos meses más tarde, de la misma manera que ha descubierto sus manos, el pequeño descubre sus pies, la posibilidad de levantarlos voluntariamente, de llevárselos a la boca, etc. Esta es también una buena gimnasia. En estos ejemplos, el pequeño no se ocupa en apariencia más que de una sola función. Pero, si bien no mira y no mueve voluntariamente sino la mano, las otras partes de su cuerpo no están pasivas. Su inmovilidad aparente está asegurada por una cadena de movimientos complicados que hacen posible el equilibrio del cuerpo entero, sin el cual no podría mover voluntariamente, ni siquiera contemplar, su mano. El equilibrio de todo el cuerpo asegura los puntos de apoyo necesarios a cada instante de su ejecución. En su experimentación de la mano, se puede ver ya que los movimientos del bebé

dejan de ser fortuitos. Las diferentes partes del cuerpo no intervienen ahora por azar o por simple reflejo. El pequeño usa alternativamente las dos manos o los dos pies como si descubriera la bilateralidad y, complementariamente, la unidad de su cuerpo, con la capacidad de varias partes para ejecutar los mismos actos, unos actos complementarios o incluso unos actos diferentes. Por ejemplo, pasa un objeto de una mano a la otra -una lo coge, la otra lo suelta- o se acerca un objeto a la boca alternativamente con la mano derecha y con la izquierda, asegurando, a la vez, su equilibrio con el apoyo de un talón o de una ligera flexión de las rodillas (eventualmente de las dos sucesivamente). Cambiar de posición, ejercitarse a mantenerse en una posición dada o en maneras variadas de desplazamiento constituyen



también un aprendizaje real en el cual el pequeño experimenta y descubre nuevas posibilidades corporales para encontrar un nuevo equilibrio en una situación nueva.

Por ejemplo, tendido de espaldas, hace girar la pelvis, la espalda se eleva y, poco a poco, gira todo el tronco y la cabeza. El dorso forma un ángulo agudo con la superficie. Este ángulo se ensancha después para llegar a 90°: el pequeño se ha puesto de lado. Para mantener su equilibrio, se apoya a veces sobre el brazo o la pierna que no se encuentran contra la superficie, pero puede también liberar una mano o un pie. Girando la cabeza o el tronco hacia atrás, puede volver a ponerse de espalda.

A partir de la posición en que está de lado, el pequeño progresivamente se gira cada vez más. El ángulo que forma su dorso con la superficie se ensancha y se pone boca abajo. En esta posición podrá levantar la cabeza de una manera prolongada. Después, levantando progresivamente el tórax, disminuye poco a poco la parte del tronco que está en contacto con la superficie. Cuanto más avanza, consigue mantenerse mejor en equilibrio apoyándose exclusivamente sobre los brazos y los miembros inferiores. Aprende a conservar el equilibrio con una base de apoyo cada vez menos considerable.

Pasar de la posición horizontal a la vertical, elevar cuanto más adelante no solamente el tronco sino también la cabeza, que es, relativamente, la parte más pesada de su cuerpo, reducir progresivamente su polígono de apoyo son adquisiciones complejas.

Este desarrollo motor, cuyas etapas son iniciadas por el propio pequeño, pasa por posiciones y movimientos intermedios. Las posiciones intermedias (estudiadas y analizadas por Anna Tardos) aparecen

en todos los bebés, que tienen la posibilidad de moverse libremente y casi siempre en el mismo orden. Cumplen una función importante en el aprendizaje de la autonomía corporal.

Aseguran un paso continuo de una posición a la otra, a través de una serie de pequeños cambios de equilibrio, que permiten al pequeño mantenerse estable en una posición nueva.

El mismo fenómeno se puede describir a propósito de los desplazamientos, que son tan variados como las posiciones. El pequeño usa muchas formas intermedias de desplazamiento desde las primeras tentativas de movimientos ondulatorios sobre la espalda y el pivote sobre él mismo hasta la marcha. La marcha, modo de desplazamiento específicamente humano, implica el descubrimiento y el dominio de nuevos equilibrios del cuerpo y el aprendizaje de nuevas coordinaciones complejas. Después de girarse a un lado y al otro, rodar, reptar boca abajo, gatear, ponerse derecho, mantenerse de pie cogiéndose o apoyándose con las manos en un objeto estable, el bebé llega a una forma elemental de desplazamiento en posición vertical. Da pasos de lado, después adelantando. Aprende a apoyarse sucesivamente y alternativamente en objetos diferentes pasando del uno al otro (sin perder el equilibrio o restableciéndolo siempre) o bien se desliza empujando un objeto delante suyo sobre el cual se aguanta. Cuando ya sabe ponerse derecho, sin aferrarse a nada, aprende a dar sus primeros pasos libres, adelanta transportando el peso total de su cuerpo de un pie al otro a cada paso, dominando y reconstruyendo, a cada instante, su equilibrio. Al comienzo, toda su atención está concentrada en el mantenimiento de su equilibrio. Los pies bien separados y los brazos jugando un papel preponderante.

A veces, a comienzos de sus ejercicios de marcha libre, adelanta con un juguete en la mano, como aferrándose, buscando seguridad.

En las siguientes semanas, la marcha se hace cada vez más segura, el equilibrio deviene menos precario, los pies menos separados y para mantener el equilibrio el pequeño ya no necesita las manos. Se puede parar, y también volver a andar sin dificultad. Puede cambiar de dirección fácilmente; el hecho de andar no retiene ya su atención.

Esta actividad continua, realmente autónoma, es un factor fundamental de la construcción de un sujeto «que se siente competente». La progresión en la adquisición de nuevas posiciones permite al pequeño volver con toda seguridad, sin la ayuda del adulto, por un movimiento dominado, a la anterior posición. Él se siente cómodo y puede ser activo, sin estar sumergido en un sentimiento de impotencia y de dependencia, porque presenta en cada etapa de su desarrollo el mismo grado de actividad, de atención y de destreza.

En efecto, al crecer, el niño no pasa de la torpeza a la destreza o de la pasividad a la actividad. Mantiene una actividad y unas aptitudes que le permiten cumplir tareas cada vez más complejas a medida que alcanza una etapa más adelantada de desarrollo. El punto importante es que pasa por sí mismo por todas las etapas intermedias para asentar el fundamento de sus nuevas adquisiciones y no el hecho que llegue rápidamente. Esta motricidad libre parece asociar estrechamente la necesidad constante de actividad del pequeño y los medios de que dispone a cada estadio de su desarrollo. De esta manera llega siempre a una buena integración tónica y postural al origen de la constitución no solamente de su motricidad, sino también de todas sus otras

funciones psíquicas. El hecho de que siempre pueda conservar o restablecer el equilibrio le permite el mantenimiento de la atención y la ejecución de todos los movimientos que emprende. Tiene siempre el medio de elegir la posición más adaptada para descansar, para manipular y jugar cómodamente o para estar atento a su entorno. Además, los movimientos y las posturas que ha iniciado, como también sus experimentaciones personales, le son útiles para elaborar una imagen de sí mismo y construir un esquema corporal correcto. Sus desplazamientos le ayudan también a estructurar su percepción del espacio que contiene los objetos y su propio cuerpo. En el comienzo de cada estadio se encuentran ensayos y errores, vacilaciones propias del aprendizaje. Pero una vez ha conseguido el movimiento, se puede percibir la buena calidad de la coordinación, la economía en los movimientos y en el equilibrio. El pequeño se encuentra bien, se percibe como eficaz, llevando hasta el final aquello que ha emprendido.

b) Papel del adulto. Interacción adulto-pequeño en la corta distancia

El respeto de la actividad libre del pequeño demanda un seguimiento atento de los adultos, basado en los conocimientos y las observaciones. Para este seguimiento, hay que dar a cada momento unas respuestas tan adaptadas como sea posible a las necesidades de actividad del pequeño. Estas respuestas, por su parte, susciten en él el deseo de avanzar. ¿Cuáles son los elementos esenciales de este seguimiento?

Sentirse seguro es indispensable para el pequeño. La base de este sentimiento le es proporcionada

por la seguridad afectiva que le procura una relación con el adulto cálida, hecha de ternura y de confianza. Esta relación es uno de los elementos impulsores de su gusto por la actividad libre y autónoma, fuente de placer y de experiencias que favorecen un desarrollo armónico, sustentado por un sentimiento de eficacia en sus relaciones con el adulto y en aquello que emprende. El gusto de la actividad se agota bien pronto si no es alimentado por esta relación afectiva.

Pero el sentimiento de seguridad se construye también en el pequeño de acuerdo con el apoyo que le proporciona el adulto. Este apoyo pasa por un conjunto de elementos que examinamos a continuación.

- Desde el momento en que el pequeño «hace saber» con alguna especie de signo que se encuentra en dificultades, el adulto que lo ha oído le indica que se ha dado cuenta, aunque esté fuera de su campo visual. De hecho, para el pequeño en actividad libre, estar solo no significa sentirse abandonado, sino que se trata más bien de largos momentos de serenidad y de juego tranquilo sin intervención directa intempestiva del adulto. La intervención directa en la actividad del pequeño le priva de la satisfacción de actuar por sí mismo y modifica sus expectativas y sus iniciativas. Además, le procura una gratificación de una intensidad tal que suscita una dependencia a la que renunciará difícilmente. El pequeño, si se siente frustrado y desanimado por el hecho de no llegar por sí mismo, tan de prisa y fácilmente como con un adulto, a una determinada satisfacción, pierde interés y placer en el ejercicio de las actividades que

corresponden a su nivel de desarrollo. Se siente frustrado porque estos pocos momentos de juego iniciados por el adulto han suscitado expectativas que no siempre pueden ser satisfechas. Deviene cuanto más avanza, más dependiente, en lugar de estar cada vez más seguro de sí mismo y ser más independiente. Si espera la iniciativa desde el exterior, fácilmente da la impresión de aburrirse, al no saber qué hacer por sí mismo. Proponiendo al pequeño unos objetivos que no son los suyos, la intervención del adulto no sólo estorba su actividad autónoma y sus propios objetivos, sino que también aumenta artificialmente la dependencia del pequeño respecto del adulto; mientras que la actitud respetuosa por la autonomía proporciona la base de una relación adulto-pequeño en la cual cada uno presta atención al otro y vive en una confianza mutua. • El respeto por la actividad autónoma del pequeño no significa de ninguna manera la indiferencia del adulto. Éste está cerca, entre él y el pequeño hay una relación a distancia y, en algunos momentos, interacciones visuales o intercambios de palabras o de sonidos. El punto importante es que la criatura pueda sentir e imaginar la presencia del adulto, saber por experiencia que está allí, que está disponible si lo necesita. De vez en cuando el adulto reconoce el éxito del pequeño por medio de un comentario oral y le ayuda a tomar consciencia de sus resultados. El pequeño, por su parte, tiene necesidad de compartir su alegría con un adulto que quiere cuando asume un nuevo resultado. Pero se ha de sentir también aceptado y apreciado aunque no haya ningún resultado espectacular. El adulto, con un lenguaje rico

durante los intercambios de gestos y palabras, permite que el pequeño, a su nivel, pueda tomar consciencia de sí mismo y de su entorno y pueda situarse en los acontecimientos de su vida y sus relaciones.

- El respeto del ritmo de sus avances motores, que implica no ponerlo nunca en una postura que el pequeño todavía no domina por sí mismo o animarlo a hacer alguna cosa más allá de sus capacidades, forma parte también del apoyo indirecto que el adulto ha de proporcionar.
- La tarea del adulto consiste también en poner al pequeño en condiciones tales que pueda ejercer sus competencias, a pesar de estar protegido de las situaciones peligrosas. La atención y el interés del pequeño se establecen al ritmo exacto de su madurez y al nivel correspondiente a su estadio de desarrollo, cuando su espacio de juego está bien acondicionado, es decir, cuando hay una cantidad adecuada de buenos juguetes, no está rodeado de juguetes sobreestimulantes y «provocadores» (que comienzan a moverse o a producir ruidos en cada uno de los gestos involuntarios) y que se siente bien en su cuerpo y libre en sus movimientos.

1.2. Manipulación y juegos

La actividad del bebé se organiza en función de su capacidad de atención, de su nivel de interés, de su equilibrio afectivo y de su humor del momento. Pero la exploración, el ejercicio y el desarrollo de sus capacidades corporales no son independientes de las aportaciones del medio y andan en paralelo y en interdependencia con el proceso de su descubrimiento del mundo que le rodea.

Esto permite al pequeño:

- el descubrimiento del mundo;
- el descubrimiento y el dominio progresivo de los procesos de aprendizaje;
- el conocimiento de su cuerpo y de saber estar a su escucha.

Conjuntamente con los grandes movimientos, el pequeño hace juegos manuales que devienen cada vez más variados y complejos en el decurso del desarrollo. Explora de todas las maneras posibles los objetos que le rodean.

Adquiere informaciones sobre sus diferencias características: medida, peso, color, superficie, flexibilidad o rigidez, etc. Con ellas, vive experiencias variadas y aprende lo que puede hacer con estos objetos, si están lejos o cerca suyo, si hace falta hacer esfuerzos, estirarse, desplazarse para tocarlos, para levantarlos, empujarlos, tirarlos, etc. Está atento, a la vez, a sus propios gestos, a los movimientos de su cuerpo, a los objetos que le rodean y a los efectos de sus propias acciones.

Si nadie impone al pequeño con qué objeto y cómo tiene que jugar, y no atrae su atención o la desvía, puede estar ocupado con un objeto tanto de tiempo como le interese y en los ratos en que él puede realmente prestarle su atención.

Durante estas actividades, pone en práctica sus posibilidades específicas de aprendizaje. La repetición del acto le da la posibilidad de darse cuenta de sus efectos y memorizarlos. Esto le permitirá buscar estos mismos efectos en otra ocasión. Experimentando las consecuencias de sus propios movimientos, gracias a la influencia *áelfeedback* favorable o corrector, su comportamiento



espontáneo deviene un acto consciente y voluntario. Si, por ejemplo, un gesto o un movimiento fortuito produce un efecto nuevo, quizás no sabe cómo ha llegado y quizás no intentará reencontrarlo enseguida, pero, en un momento dado (el mismo día, el próximo, la semana siguiente...), hará tentativas hasta que sepa hacer el gesto o el movimiento que desencadena tal efecto.

Cuando explora su entorno, el pequeño se plantea preguntas e intenta encontrar las respuestas por sí mismo. Esta actitud de preguntarse y su deseo de experimentación impregnan sus actos. Y esta misma actitud enseña al pequeño a proponerse tareas accesibles. En esta situación, sin la influencia de los otros, las tentativas infructuosas no suscitan un sentimiento de fracaso.

Durante su acción, la criatura tiene también la posibilidad de modificar su proyecto, de plantearse cuestiones nuevas aparecidas como consecuencia de sus actos. Puede todavía parar y reemprender más tarde sus tentativas. La aceptación de un fracaso momentáneo y la modificación con flexibilidad de un plano de acción también forma parte del aprendizaje. Aprendiendo a estar atento a los efectos de sus actos, el pequeño perfecciona sus competencias. Aprende a aprender.

La activación de estos procesos de aprendizaje es más importante en el pequeño que las adquisiciones propiamente dichas.

Estas actividades motrices y manuales son la fuente de toda una actividad mental que se desarrolla al mismo ritmo que la evolución sensorio-motora. Dan lugar a «operaciones mentales», precedidas y seguidas de experimentación, poniendo en práctica la deducción, la anticipación, la memorización, el establecimiento de vínculos entre los objetos, entre él mismo y los objetos, entre los objetos y las personas, etc. El bebé no hace todo esto con unas palabras y un pensamiento de adulto, sino que lo vive y lo construye a través de su cuerpo. La actividad motriz es productora de la actividad mental de la cual es el apoyo, y la actividad mental alimenta y estimula la actividad motriz.

En el decurso de las actividades motoras, aprende a asumir tantos pequeños riesgos como por sí mismo puede controlar. Durante sus exploraciones es prudente. Por ejemplo, cuando rueda se para antes de picar con la cabeza contra el suelo, la pared o el barrote del parque, porque ha aprendido que son duros. Cuando ya ha subido alguna vez sobre una tarima o un peldaño (incluso gateando), su memoria corporal contiene el recuerdo de sus esfuerzos y, las próximas veces, baja con prudencia.

La actividad espontánea del bebé sigue el ritmo de los tiempos de paradas o de reposos periódicos. Después de un rato de reposo más o menos largo, retoma la misma actividad u otra. Su capacidad de autorregulación le permite decidir por sí mismo unos momentos de actividades y unos momentos de recuperación.

Cuando el bebé tiene la posibilidad de experimentar con la totalidad de su cuerpo, llega a una

buena integración tónica y postural que participan en la constitución no solamente de su motricidad, sino también de todas sus otras funciones psíquicas. Dominando su cuerpo y su equilibrio corporal, es capaz de adaptarse al medio y de entrar en interacción. Como ha demostrado Henri Wallon, es así como la actividad sensorio-motriz constituye las raíces del pensamiento y es uno de los elementos constitutivos de la inteligencia. Además, durante esta actividad sensorio-motriz, el pequeño descubre, aprende, vuelve a adquisiciones anteriores que perfecciona, hecho que le aporta la experiencia de una cierta continuidad. Esto contribuye a su sentimiento de eficacia, a su seguridad de base, a la fuerza de suyo.

La actividad autónoma permite que el pequeño participe, a cada instante, con la globalidad de su cuerpo, en todo aquello que emprende, y que sienta su cuerpo. Está siempre a la escucha de su cuerpo, vive en diálogo y en armonía con él y con sus señales. Conoce, comprende, acepta los límites de sus capacidades corporales. No se pone, pues, en situación de fracaso y, por consiguiente, no experimenta sentimientos de insuficiencia.

Esta vivencia le ayuda a descubrir el placer de sentir su cuerpo, el placer de moverse, de experimentar sus propias capacidades y el mundo que le rodea. En el transcurso de los años, conoce y acepta su cuerpo cada vez mejor. Estar bien en su cuerpo, conocerlo, saber aguantarse, relajarse, actuar sin tensión, tener una motricidad armoniosa y económica ayudan a soportar las dificultades y a encontrar un equilibrio afectivo y emocional. Si el adulto le asegura las condiciones favorables, el pequeño, simultáneamente con su desarrollo, puede llegar por sí mismo y vivir en armonía con su cuerpo.

Como conclusión de esta primera parte, podemos constatar que si el adulto considera la actividad independiente del bebé desde bien pequeño como un valor importante para el presente y para el futuro del niño, esto modificará también su visión de su propio papel de padre o de educador. El padre o la madre ya no piensa que hace falta estar siempre muy cerca de la criatura, ni se ocupa de él sin parar, ni la estimula o enseña a cada momento. Si bien los ratos pasados con el adulto sean preciosos para el pequeño y estén en el origen de su gusto de actividad, los tiempos de actividad libre y autónoma no lo son menos.

El pequeño, absorto en la experimentación de sus capacidades corporales y manuales y en la exploración de los objetos dejados a su alcance, no tiene necesidad de la presencia próxima, permanente, de la participación o de la ayuda continua del adulto, puesto que sin él no se siente impotente en absoluto.

La madre puede dedicar, por lo tanto, tiempo a sus otras obligaciones y a los intereses personales sin experimentar ninguna culpabilidad, sin sentirse esclava de su hijo o considerarlo como su juguete. Puede respetar el espacio personal del pequeño, preservando el suyo, y complacerse contemplando la actividad, la atención concentrada y los progresos de su hijo. Esto hace que la relación madre-hijo sea más equilibrada.

En el marco de un espacio de acogida colectivo, tener en cuenta el valor de la actividad autónoma ayuda también a la educadora a encontrar su justo equilibrio en su relación con las criaturas; y a comprender hasta qué punto son indisolubles las relaciones cálidas entre el pequeño y el adulto que se tejen sobre todo durante el cuidado corporal y la

calidad de la actividad libre y autónoma del pequeño. El bebé, en la medida en que ha tenido un momento en el que ha recibido una intensa seguridad afectiva durante el cuidado corporal, puede a continuación ser más autónomo, más libre.

De hecho, libera tiempo para que la profesional se ocupe de otro bebé. Para que ésta pueda dedicar el tiempo necesario a cada pequeño y consagrar toda su atención y todo su interés al niño de quien se ocupa, es necesario que esté profundamente convencida de que, si bien los momentos pasados con el adulto son preciosos para el pequeño, la actividad libre y autónoma no lo es menos. Sin esta convicción, creará que la actividad autónoma del pequeño tiene menos importancia, que no es más que un sustituto del contacto adulto-niño. Con su comportamiento comunicará involuntariamente al pequeño su sentimiento de culpabilidad de no quedarse con él por causa de los otros. Este sentimiento de culpabilidad falseará su relación. En lugar del placer de la actividad, la criatura sentirá malestar, frustración, sentimiento de abandono. Y esto provocará ansiedad e inquietud a los pequeños. También se puede observar este fenómeno en las relaciones pare/madre-niño.

2. Los momentos de cuidado corporal. Interacciones directas adulto-niño

Tener en cuenta la actividad autónoma transforma radicalmente la mirada del adulto sobre el pequeño y marca profundamente la naturaleza de su relación. Introduce el respeto por el pequeño, el cual se convierte en uno de los componentes fundamentales de esta relación. El amor ni ha aumentado ni ha menguado, sino que se traduce de otra manera.

Apreciar la actividad autónoma del bebé permite al adulto considerarlo como un compañero o colaborador activo. Esto implica desarrollar con él, desde bien pequeño, una comunicación a través de la mirada, el tacto, los gestos y la palabra, en la que el adulto no es el único iniciador de la interacción. El adulto se deja guiar por las señales y las manifestaciones del bebé; las responde, las refuerza y les da un sentido. Esto fortalece no solamente la seguridad afectiva del pequeño, sino también la toma de conciencia de sí mismo como persona de pleno derecho. Por este hecho, los momentos de cuidado corporal devienen para el adulto más preciosos. Los momentos que pasan juntos se pueden convertir en momentos de mano a mano, los dos solos, cálidos e íntimos, para los cuales es bueno tomarse todo el tiempo que haga falta. Aunque la «participación» del pequeño lentifique las operaciones, estos momentos llenos de alegrías y de experiencias comunes, de comunicación y de interacciones pueden satisfacer a los dos «compañeros». Todo esto ayuda también al equilibrio de su relación.

Durante los momentos de cuidado corporal, es indispensable que el adulto se acerque al pequeño con atención y delicadeza, le comunique siempre por adelantado lo que hará y lo que le pasará, se esfuerce siempre por comprender los signos y las manifestaciones con los cuales expresa sus deseos y sus ansias. Le tiene que dar la comida, cambiarle los pañales, vestirlo, desnudarlo, acompañarlo en sus tentativas por controlar los esfínteres, teniendo en cuenta sus signos y manifestaciones.

Comportándose de esta manera, el adulto crea la posibilidad de que el pequeño, sea cual sea su edad, «intervenga» en el proceso del cuidado corporal y



en la manera de satisfacer sus necesidades. Estos signos se pueden referir al ritmo del descanso, la cantidad y la temperatura de la comida, el momento de acabar de comer, el ritmo de los movimientos del adulto durante el cambio de los pañales, vestirlo, desvestirlo, la cantidad y la temperatura del agua del baño, etc. Si el bebé puede tener confianza en su capacidad de influir en los hechos que le afectan, sentirse sujeto participante y no sólo objeto manipulado o dirigido, esto lleva al refuerzo de su sentimiento de eficacia.

El hecho de que un adulto trate al bebé como una persona, con la palabra y con la dulzura de gestos que manifiestan su conciencia permanente de que un bebé es sensible a todo lo que le pasa y no puede ser dirigido ni manipulado en función de aquello que a él, al adulto, le parece oportuno, permite una cierta coordinación de la actividad común. Se establece un verdadero diálogo entre los dos compañeros. Gracias a este diálogo, el bebé aprende cuanto más adelante, más medios para emitir mensajes susceptibles de influir sobre los hechos que le afectan. En compensación, el adulto descubre cada vez más medios para comunicar al pequeño sus

intenciones de una manera perceptible, o para adaptar su actitud a la necesidad expresada por el pequeño o incluso para conseguir que éste participe de buen grado en aquello que se le propone. Esta comunicación permite al pequeño anticipar los hechos en su globalidad. Es un medio para que no acepte las atenciones de una manera pasiva, para que sea solicitado a tomar parte activamente, a progresar por placer hacia la autonomía en aquello que concierne a la satisfacción de sus necesidades corporales. Además, si el adulto no exige esta participación pero la hace posible animándola y apreciándola, el pequeño que mantiene unas buenas relaciones con el adulto aprovecha en general esta real posibilidad de cooperación que se le ofrece y progresa hacia la autonomía. El bebé auténticamente cooperante ayuda al adulto por placer, se autoriza a reaccionar de manera adecuada a la demanda del adulto, pero también a desviarse de vez en cuando para jugar, a «salir» de la atención que el adulto le está prestando para ocuparse de alguna otra cosa, a llamar la atención del adulto sobre algún hecho. Y el adulto que coopera permite este tipo de manifestaciones dentro de los límites posibles.

La autonomía no es una finalidad en sí misma. No tiene un valor verdadero si no va acompañada para el niño del placer de hacer cosas solo y si esta independencia no es considerada por él como un bien precioso que puede usar dentro de ciertos límites.

En el segundo año, la cooperación se transforma. Si no ha notado impaciencia en el adulto, si no se ha sentido forzado a la autonomía y si ha disfrutado de ratos de cuidado corporal suaves, agradables y atentos, verdaderas ocasiones de una actividad compartida, el pequeño deviene, progresivamente y de

una manera espontánea, autónomo en la satisfacción de las necesidades corporales. Entonces encuentra del todo natural que durante el baño, por ejemplo, pueda contribuir cada vez más a enjabonarse, lavarse o secarse, puesto que para él el baño no es una imitación de ciertos gestos del adulto, que él ejecuta divirtiéndose, sino un momento de actividad común de dos, alegre e íntimo, con un objetivo claro y preciso.

Si no se asocia esta autonomía del pequeño con una actitud de indiferencia y de abandono o con una exigencia de precocidad o una actitud de «laissez-faire», estas primeras etapas hacia la autonomía no serán difíciles.

La actividad común compartida cambiará paulatinamente de forma. El pequeño se convierte poco a poco en el actor principal con una participación del adulto más pequeña. No obstante, incluso a los cuatro años, el pequeño todavía necesita la presencia y la participación del adulto como también su paciencia y sus ánimos. Hay gestos que todavía no puede ejecutar siempre por sí solo. El adulto tiene que encontrar de una manera delicada el momento adecuado en que hace falta intervenir para que el pequeño no se sienta fracasado o agobiado, sino por el contrario ayudado y acompañado. Además, tiene que poder sentir que su bienestar corporal es una cosa que importa al adulto.

Los momentos de las atenciones corporales pasados juntos son también buenas ocasiones para conversaciones íntimas y felices.

Conclusión

La autonomía del pequeño es de un gran interés para su relación consigo mismo, con el mundo

que le rodea y en las relaciones interpersonales. Es estructurante si no se cae en las tres grandes «trampas» de la falsa autonomía:

- el condicionamiento;
- una exigencia de precocidad de la cual puede desprenderse una actitud de indiferencia y de abandono;
- una actitud de «laissez-faire».

No se tiene que confundir la cooperación con el condicionamiento. En efecto, el bebé puede dar la impresión de cooperar cuando de hecho sigue una «coreografía» precisa. «Obedeciendo», se acostumbra a aquello que esperan de él y obra en conformidad con ello. Ejecuta los movimientos de ayuda al adulto que él ha integrado, pero pierde sus posibilidades de adaptación a situaciones nuevas; mientras que una verdadera autonomía le abre posibilidades de respuestas personales. La autonomía en el terreno del conocimiento de él mismo consiste en el dominio de su motricidad, la adquisición de experiencias activas relativas a su entorno, el sentimiento de ser capaz de acciones «competentes» usando su repertorio de comportamientos existentes en el nivel actual de su desarrollo, ser guiado en sus actividades por sus intereses. Cuando el pequeño es libre de conducir sus propias experiencias, esta autonomía le permite expresarse libremente, experimentar los efectos de sus acciones y extraer enseñanzas, identificar sus posibilidades y sus límites personales, actuar sobre el mundo que le rodea, influir, progresar hacia la integración social.

En numerosas escuelas infantiles y salas de bebés, pero también en ciertas familias, el objetivo de los adultos es que el pequeño pueda ser autónomo lo más pronto posible sin tener en cuenta su madurez real. Ahora bien, la verdadera madurez no depende sólo de la edad de la criatura o de su grado de desarrollo motor y cognitivo. El pequeño de quien se espera una autonomía que supera su madurez afectiva y social siente esta exigencia como un rechazo del adulto para apoyarlo. Y como que es el pequeño como sujeto que necesita ayuda, esto le da a entender que se rechaza su persona entera. Esta concepción de la autonomía (tanto si se trata de comer solo, como de lavarse las manos o de cualquier otra actividad) sólo lleva a una pseudoautonomía generadora de incertidumbre, de angustia y de un sentimiento de abandono. Esto no tiene nada a ver con un verdadero proceso de socialización.

Respetando su necesidad de autonomía, es necesario que el adulto guíe al pequeño por el camino de la integración social dentro de unos límites claros, sin apresurarlo, sin ninguna cólera ni juicio negativo, de una manera firme y comprensiva a la vez, haciéndole aceptar las exigencias de la realidad y unas reglas sociales. Ayudarlo a situarse en el mundo que le rodea significa también ayudarlo a conocer sus límites, la realidad, los intereses de los otros. Porque el «laissez-faire», considerado a menudo de manera crítica como fuente de «egoísmo» en el pequeño, suscita de hecho en él un sentimiento de abandono real. Él no lo considera como un signo de comprensión o de confianza del adulto, sino como una marca de debilidad y de

impotencia de este. Además, el «laissez-faire» no es una actitud que se pueda mantener mucho tiempo. Siempre llega un momento en que el adulto tiene que volver a coger el control de la situación. Corre el riesgo, entonces, de ser acorralado a usar la fuerza, es decir, la violencia. El «laissez-faire» es un peligro para las dos partes; mientras que si nosotros llegamos a tener de verdad confianza en las capacidades de la niño, entonces accedemos a la convicción que una relación basada en la confianza mutua ayuda al niño a seguir nuestras propuestas y a tomar en consideración las reglas que le presentamos, aunque esto no pase siempre sin conflictos.

Estos conflictos se producen entre el pequeño y el adulto, pero también entre dos deseos contradictorios del pequeño. En efecto, la criatura oscila entre el deseo de autonomía y el deseo de dependencia. No desea devenir independiente, sino sólo matizar esta dependencia y expresar su punto de vista personal. Intenta sobrepasar los límites que le ponemos o, cuando menos, de ensancharlos. Necesita verificar muchas veces la validez y la estabilidad. «Aquello que ayer no era posible o permitido, ¿puede serlo hoy?» Busca también hasta dónde puede ir en la expresión de su voluntad sin correr el riesgo de perder el amor del adulto con quien está en relación. El pequeño, desviándose de vez en cuando del camino propuesto por el adulto, puede experimentar los límites del ejercicio de su voluntad sin por eso estar en una oposición sistemática. El «periodo de oposición», contrariamente a lo que se piensa a menudo, no es un estadio obligatorio. Sólo aparece cuando el pequeño se siente sujeto

constantemente a la voluntad del adulto, o cuando, para hacer prevalecer su punto de vista, no encuentra otros medios que la oposición. Los conflictos diarios en que el pequeño se ve obligado constantemente a defender su opinión, oponiéndose a la voluntad del adulto, se pueden evitar. Los conflictos de oposición se convierten en tiempo de negociación si el adulto ayuda y da apoyo a la elaboración de una verdadera autonomía en el pequeño y su integración social concediéndole un espacio de libertad, la posibilidad de tomar decisiones, de ejercer su autonomía, indicándole a la vez con precisión los límites que no se tienen que transgredir. Si el respecto de su libertad de acción permite al pequeño tener confianza en el adulto y no vivirlo como coactivo, esto contribuye a la elaboración de su seguridad de base que favorece su expansión y su integración social.

La autonomía no es una obligación sino un derecho del pequeño, derecho del que es preciso asegurar las condiciones para que ejerza.

No existe un «aprendizaje de la autonomía»: no se hace al niño autónomo, sino que se le acompaña en su evolución hacia la autonomía.

Ayudar al niño a ejercer y a desarrollar su autonomía es una tarea difícil que exige al adulto mucha atención, pero es también más apasionante que cualquiera programa de estimulación o de actividades dirigidas. Es una base real del desarrollo de la persona. ■

Extraído de «Les fondements d'une vraie autonomie chez le jeune enfant» (2003) J. Falk, en 2007, Budapest: Association Pikler Lóczy, Paris: Association Pikler Lóczy de France.